

DESDE MI SITIAL

Luis A. Riveros

www.profesorluisriveros.cl

UN PLEBISCITO NECESARIO

Un Senador de oposición al actual gobierno ha mencionado la idea de convertir las próximas elecciones presidenciales del 2018 en un “plebiscito” sobre educación. Todo esto a raíz de la discusión del actual proyecto de ley sobre gestión y financiamiento de la educación privada subvencionada y de la indicación del propio Gobierno en torno a una aplicación pausada de ciertos cambios. El proponente encuentra que las transformaciones consultadas en esa Ley se encontrarán aún en implementación el año 2018, haciendo propicia la ocasión para el mencionado referéndum. Evidentemente, puede ser demasiado tarde. Los cambios que hoy se debaten perjudican a la educación pública porque no se le ha atendido como es requerido, y la gratuidad de la educación privada que se busca (con mayores subsidios del Estado) será el episodio final de lo que otrora fue un verdadero baluarte social y una base inquebrantable de sostenibilidad democrática: la educación fiscal. Un plebiscito años más tarde puede simplemente operar sobre una educación pública que ya ha sufrido el golpe definitivo conducente a su virtual desaparición.

Sobre la idea del plebiscito se pueden plantear algunos temas de fondo más en el ánimo de poner el marco intelectual para el debate, que en el afán efectivamente de buscar un resultado electoral que habría de pronunciarse a favor o en contra de ciertas propuestas. En primer lugar cabe comentar que el actual debate educacional no se ha centrado en lo que es propiamente educación, sino más bien en aspectos vinculados a la gestión o financiamiento. Específicamente, el debate debiera exigir pronunciamiento en torno a la situación de la educación pública, que es vista de manera unánime como la gran ausente en el cuerpo de propuestas que se discuten en el parlamento. Un plebiscito sobre educación, como se plantea, debería tener que ver con la definición del tipo de educación que queremos para el Chile del futuro, especialmente en cuanto a currículo escolar, formación de los profesores y disposición de buena tecnología y adecuados métodos de enseñanza. Esas no son las cosas que se están discutiendo en el presente, pero resulta claro que un debate o plebiscito sobre el tema debería versar, ni más ni menos, sobre el tipo de sociedad que ambicionamos, a la cual deberá responder la educación que se precise diseñar.

En segundo lugar, es también de notar que muchos de quienes hoy día aparecen argumentando a favor de la educación del Estado y de su protección y mejoramiento, son los mismos que colaboraron activa o pasivamente a la destrucción de la misma, empeorando su gestión, estigmatizando su desarrollo y reduciéndola a un mero “servicio” público. Esto tanto en el caso de la educación municipalizada, o aquella de gestión tipo privada con subsidio estatal como es el caso de las universidades públicas. Un plebiscito sobre el tema debería aludir también a los orígenes del problema en que nos encontramos actualmente: una educación pública de inferior calidad, mal gestionada, desventajada a vistas de los padres y aún más: humillada cuando actualmente se propone hacer totalmente gratuita a la educación privada subvencionada. El país debe tener explicación por parte de los que contribuyeron a este estado de cosas. Pero también debería consistir tal plebiscito en una debida cuenta por parte de aquellos que han permitido por casi un cuarto de siglo, que siga existiendo una educación pública en las condiciones de la actual, que

solamente sirve para las plataformas ocasionales y los discursos oportunistas de muchos políticos. No es claro cómo se plantearía un plebiscito de la naturaleza propuesta sino existe una demostración de buena fe respecto de defensa de la educación pública y no sea solamente un pronunciamiento de eventual apoyo al desarrollo educacional privado.

Desde fines de los años 1990 se ha venido planteando insistentemente la necesidad de revitalizar a la educación pública, proyecto que amerita recursos importantes y políticas bien afinadas. Esto no ha ocurrido sobre la base de distintos argumentos y situaciones. El hecho conocido es que la educación chilena es, en su promedio, de mala calidad y la educación pública es aún mayormente deficitaria en sus resultados. No se trata solamente de los resultados académicos, que en todo casomuchos quieren ocultar para evitar comparaciones. Se trata, más allá de eso, de los productos menos tangibles de la educación como son, por ejemplo, la formación valórica y ciudadana y que deben favorecerse con el desarrollo de una reforma profunda en enfoques, contenidos y medios. Una educación que forma individuos egoístas, individualistas y que solamente creen en la competencia, sin dejar espacio alguno para una buena convivencia, es una educación que construye una sociedad en tensión y permanente conflicto. Por eso, un plebiscito sobre la educación que queremos debe innegablemente versar sobre la sociedad que ambicionamos y sobre el rol que debe cumplir la política pública en el contexto social en su conjunto.

Hay que recoger el guante de lo que se ha propuesto. No se trata de plantear un plebiscito para que de manera oportunista se pida a la ciudadanía pronunciamiento a favor o en contra de ciertas posiciones. Se trataría de un plebiscito, según se entiende, en que la ciudadanía se pueda pronunciar en torno a una solución integral de nuestro problema educativo, sobre la base de un postulado sobre política pública en que la educación vuelva a ser el eje de todas las cruciales transformaciones que la sociedad chilena exige. Ello significará poner a la educación como un elemento protagónico en una elección presidencial, para así marcar pauta sobre el Chile que queremos más allá de los enunciados mediales y poco específicos. Gobernar es Educar debe volver ser un lema activo, decisivo, central en la definición de un programa en que deben figurar propuestas específicas y no solamente grandes titulares que posteriormente, en su implementación, tienen lecturas y énfasis que todos desconocen como el ánimo original. Un plebiscito sobre educación también debe consultar la necesidad de formar individuos críticos, informados, y no meramente individuos productores o que sean simples receptores o reproductores de los mensajes y deseos del mundo de la política. O sea, un plebiscito sobre educación debe ser mucho más que un par de preguntas simplistas, un completo pronunciamiento sobre el tipo de sociedad en que queremos vivir.

La pregunta es cómo se implementa un plebiscito del modo que se ha sugerido sobre un tema tan crucial y de tantas múltiples aristas. Es claro que no se trataría de una consulta en que ciertas preguntas orienten decisiones y pronunciamientos por parte de la ciudadanía. Parece ser que lo obvio es que sean los planteamientos de las distintas opciones presidenciales los que clarifiquen las visiones y propuestas en el entendido de una educación que debe mantenerse como centro referencial de la política pública en su conjunto. El país debe estar claro que al pronunciarse por una cierta opción presidencial, se está también pronunciando por un modelo educacional, a la vez reflejo de un modelo de sociedad que se desea construir. Con un tal plebiscito se puede tener

decisiones importantes, y volver a encantar a la ciudadanía con la política, clarificado el rol de cada uno en el pasado reciente de múltiples fallas respecto de nuestra educación.

Hace un siglo atrás el distinguido educador don Darío Salas habló al país sobre el grave Problema Nacional que representaba la presencia de una altísima tasa de analfabetismo. Salas sabía que eso nos inhabilitaba como sociedad para poder efectivamente lograr integración y progreso. El país abordó este problema: se promulgó la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria, se expandió la enseñanza primaria y secundaria, se avanzó mucho en educación técnica, se crearon nuevas universidades y se amplió el quehacer de las existentes fortaleciendo la formación pedagógica. El Estado hizo un esfuerzo continuado que comenzó en los años 20 y encontró expresión en las reformas subsecuentes hasta los años 60. El resultado: un país que prácticamente eliminó el analfabetismo y pudo contar con un sistema educativo de calidad y capaz de brindar oportunidades a quienes nunca antes la habían tenido.

Hoy Chile enfrenta un nuevo grave Problema Nacional: la significativa presencia de analfabetismo funcional en nuestra población. La educación se ha deteriorado al punto que, aunque sabemos leer y escribir, somos cerca de la mitad de los chilenos los que no podemos comprender efectivamente lo que leemos. Entonces es necesario un gran acuerdo, como lo hubo en el siglo pasado, para salir de este grave problema. Ello significará nuevamente, como ya se hizo en aquellos años del siglo XX, reformas profundas dominadas por la necesidad de formar ciudadanos capaces de integrarse al siglo XXI y brindar oportunidades a todos. Eso requiere una visión de educación muy distinta a la que estamos observando en los debates, y una actitud de reforma que debe poner a la educación nuevamente, como hace ya años, en el rol protagónico de la política pública.

Esa es la decisión que debe abordar un plebiscito en la línea de lo propuesto. Se trata de un pronunciamiento sobre lo que es más importante, que es el futuro de la patria hoy día puesto en riesgo por una educación mal desarrollada y sin visión de sociedad.